

lógico! Esto caracteriza el neo-luteranismo, donde no hay que buscar ni sombra de sentimiento religioso. Leibnitz comparaba los jurisconsultos romanos con los matemáticos; y manejan, en efecto, sus principios como los matemáticos sus fórmulas: toda idea de equidad desaparece de esa justicia rigurosa. Lo propio sucede con los luteranos modernos: discuten la religión como si tratáran una cuestión de derecho; esto está escrito, luego es verdadero. ¿Qué importa que no acepte ya la conciencia moderna como verdadero lo que se consideraba como verdad en el siglo XVI ó en la Edad Media? La conciencia se plegará y obedecerá como debe á una ley que no tiene ya razón de ser, pero que subsiste siempre. Las leyes pueden, por lo ménos, modificarse, corregirse, abrogarse, mientras las fórmulas de teología son inmutables. Hé ahí, pues, encadenada la humanidad á una confesión establecida en el siglo XVI, en la cual no creía ya en el XVII, y que, sin embargo, habrá de sufrir hasta el fin del mundo! (1).

III.

Al decir que el protestantismo ortodoxo es inmutable, queremos expresar que en él no puede cambiar nada la razón; pero la desrazón es siempre bien recibida en el campo luterano como en el católico. Á decir verdad, la superstición romana invade la Reforma; todas las necesidades del catolicismo son acogidas con favor por los luteranos modernos. Nada más absurdo que la idea católica de los sacramentos: procuran la salvación sin que en ello entre por nada el alma; la cosa material es la que forma la sustancia del sacramento, teniendo, por una acción milagrosa de Dios, la virtud de comunicar una gracia espiritual, gracia que el hombre no puede obtener sino por el elemento físico que constituye el sacramento; no hay ni fe ni piedad que puedan sustituir al agua del bautismo, al pan y al vino de la Eucaristía. ¿No pudiera decirse que son juegos de un titiritero que hiciera creer á salvajes que su varilla tiene el poder de evocar los espíritus? Pues bien, el galimatías que acabamos de transcribir es la doctrina pura del luteranismo ortodoxo, y Stahl glorifica á los luteranos de haberse separado en este punto de Calvino y de Zuin-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 290.

glio, que más ó ménos habían espiritualizado los sacramentos (1).

Pueden los luteranos vanagloriarse de que no queda ya nada de espiritual en su doctrina y de caer en el puro materialismo católico. No les basta recibir la vida del Cristo por el sacramento de la Eucaristía, necesitan el cuerpo del Hijo de Dios, necesitan que el mismo Cristo éntre en ellos con su sustancia. Calvino y Zuinglio creían que el hombre se unía á Dios por el alma. ¡Error funesto! Para que el hombre se una á Dios tiene que comer el cuerpo de Dios y beber su sangre (2). El bautismo es el ideal del género: opera la regeneración por la virtud del agua, la cual, por una acción milagrosa, procura la remisión del pecado original. Y el pecado original no es cosa baladí; que el diablo entra en el cuerpo del niño en el momento de su concepción, y se necesita para expulsarlo el agua milagrosa del bautismo (3).

Así se vuelve á honrar al diablo. Y esto es natural y lógico: ¿ante qué locura ha de retroceder la razón cuando consiente en cegarse á sí propia? La reacción protestante tiene sus reacciones terribles como la reacción católica, y se ha puesto especial empeño en rehabilitar á Satanás. Á veces se preguntan con ansiedad los hombres que del porvenir de la humanidad se preocupan cómo se logrará reanimar el sentimiento religioso, á lo cual responden los neo-luteranos que nada hay más sencillo; sólo se necesita restablecer la creencia en los demonios, y esto es lo que falta al siglo XIX. No vayas á creer que el diablo no es más que el símbolo del mal, que eso es una idea racionalista; el diablo existe en carne y hueso; y uno de nuestros nuevos ortodoxos declara haberlo visto, lo que se llama visto con sus propios ojos, y hasta haber oído el rechinar de sus dientes (4). Y no hay que decir que es un loco quien así habla; es uno de esos espíritus lógicos que, en su estrechez, no retroceden ante ninguna consecuencia del principio que creen verdadero. En 1866 apareció en Berlín un libro intitulado: *Los milagros de Nuestro Señor bajo el punto de vista de la crítica*. Si se cree en los Evangelios, Jesús pasó su vida en arrojar demo-

(1) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 91.

(2) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 86 y 147.

(3) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 105.

(4) VILMAR, *die Theologie der Thatachen*.—SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 288.

nios. Por poco que á su razón se atengan los teólogos, ven en estas curas milagrosas una benéfica influencia ejercida por Jesucristo en los enfermos de espíritu; mas se engañan: el profesor de Berlín les enseña que se debe tomar los demoniacos al pié de la letra; que su cuerpo y su alma estaban poseídos por los demonios. Ahora bien, sucedió un día que Jesús arrojó una legión de demonios que habían invadido una manada de puercos: hé ahí, pues, el alma de los puercos poseída por esos espíritus impuros. No pudiendo los cerdos soportar esa invasión, se dan la muerte. ¡Un suicidio de puercos! ¡Tales son las necesidades que se profieren en pleno siglo XIX en Berlín, la capital de la inteligencia, en la cátedra de Schleiermacher! (1).

Ocurre preguntar si los ortodoxos están ellos mismos convencidos de lo que quieren persuadir á la sociedad moderna. La ortodoxia parece una apuesta contra el buen sentido; se afana por ser creyente, pero es imposible que crea seriamente en lo que propala. Comprendemos que los papas se declaren en guerra contra el espíritu humano: educados lejos del mundo, nutridos de una ciencia que no obtiene ya ninguna relación con nuestra civilización, los sacerdotes que ocupan la silla de San Pedro y los que gobiernan las sedes episcopales son tan extraños á nuestros sentimientos y á nuestras ideas como lo serían San Bernardo ó Inocencio III si resucitasen: son sombras, espectros miserables que gimen y se lamentan al ver que el mundo está completamente cambiado. Pero los teólogos protestantes viven en medio de la sociedad; educados con los laicos, se forman en la misma literatura, en la misma ciencia: ¿cómo explicarse que maldigan la civilización que los ha engendrado? Porque, nótese bien, está declarada la guerra contra todo lo que se llama razón y contra todas las manifestaciones de la inteligencia humana. La filosofía debe, ante todo, abdicar sus elevadas pretensiones: ¿no procede de la razón? ¿Y no está la razón profundamente viciada por el pecado original? La poesía, tan querida de los Alemanes, está inficionada del mismo veneno: Schiller es un racionalista, Goethe un pagano. Hay que desterrar el paganismo y el racionalismo de la literatura; y

como la literatura es la expresión de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, precisa cambiar toda nuestra manera de ser, de pensar y de sentir (1). ¿Se puede creer seriamente en Berlín y en Roma que se realizará esa revolución imposible y que se hará predicando en el siglo XIX el pecado original, la caída, la reparación, el poder de Satanás, la posesión y el exorcismo?

Los ortodoxos se imaginan que creen lo que en realidad no pueden creer. Es un delirio de lógica. Quieren restaurar la vieja fe; para esto es necesario que creen hoy los hombres lo que creían en el siglo XVI, y precisa, por consecuencia, volver á la confesión de Augsburgo, sin quitar una palabra ni una letra: ¡la Escritura, toda la Escritura, nada más que la Escritura, y no hay que decir que tal como en el siglo XVI se la entendía! La crítica, la historia, la filosofía han arruinado la autoridad de los libros sagrados. Hay, pues, que proscibir esas invenciones de la incredulidad; y no es sólo culpable tal ó cual crítica; toda ciencia debe ser desechada cuando se halla en oposición con la Escritura; la palabra de Dios es la verdad absoluta; todo lo que á ella es contrario es mentira y procede del padre del engaño; no hay, pues, que hacer la menor concesión al espíritu de la duda: todo ó nada (2). Tal es la divisa de los ortodoxos protestantes; acabarán por decir, con Tertuliano, que creen porque es absurdo.

Lo absurdo es, pues, lo que se tendrá por verdadero. Sea. Pero hay absurdos y absurdos: hay el absurdo católico, hay el absurdo luterano, hay el absurdo calvinista, sin hablar de las mil variedades de absurdos que se hallan en las innumerables sectas del protestantismo. ¿Quién nos dirá cuál de estos absurdos es la verdadera verdad? Uno de los jefes de la reacción protestante responde gravemente: "Que la doctrina luterana es la sustancia de la fe evangélica, que todas las doctrinas disidentes son una alteración de esta fe," (3). El papa dice otro tanto del catolicismo; y si es verdadera una cosa en la medida en que es absurda, el catolicismo tiene algún derecho á pasar por la verdad absoluta. ¿Á quién, pues, hay que creer, al papa, ó á Stahl? Evidentemente tendrá el papa la prefe-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 79 y siguientes.

(2) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 66.

(3) STAHL, *Die lutherische Kirche und die Union*, p. 444.

(1) STEINMEYER, *Wunderthaten des Herrn in Bezug auf die neueste Kritik* (SCHNEEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1866, páginas 323-325).

rencia. Hablemos seriamente. Si hay una verdad absoluta revelada por Dios, es preciso también que tengan los hombres un medio de reconocerla; y no se diga que la verdad está consignada en la Escritura; se necesita que haya una autoridad que interprete los libros sagrados. Somos, pues, forzosamente llevados al catolicismo; él sólo tiene el depósito de la verdad y el derecho de interpretarla. Si los protestantes ortodoxos quieren ser lógicos hasta el fin, deben volver al seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Y es á esto á lo que conduciría la revolución religiosa inaugurada por Lutero! No vociferen los ortodoxos: quieren, dicen, permanecer protestantes; de nombre, sí; mas en realidad, son ya católicos: lo son por su concepción de la religión y más todavía por su concepción de la Iglesia.

§ II.—El protestantismo ortodoxo y la Iglesia.

I.

La insurrección del siglo XVI fué una rebelión contra el papado y contra la Iglesia antes de llegar á ser una revolución religiosa. Lutero hizo una ruda guerra al papa, y arruinó en su fundamento la autoridad de la Iglesia proclamando, con la Sagrada Escritura, que todo hombre es sacerdote. Era esta una profecía que se dirigía á lo porvenir; en el siglo XVI era irrealizable; Lutero se quejaba incessantemente de la grosería, de la brutalidad del pueblo alemán, de su falta de cultura intelectual y moral. ¿Podía residir en esas masas incultas la iniciativa religiosa y el gobierno eclesiástico? Bien pronto cedió el puesto el movimiento democrático á la aristocracia; sintiendo la Reforma la impotencia de organizarse por el pueblo, delegó esta misión en los príncipes. Esto era lógico y estaba en armonía con el orden de ideas de que procedía la Reforma: igualaba á los laicos con los clérigos; y como en la sociedad laica dominaban los príncipes, debía suceder lo mismo en el gobierno de las cosas eclesiásticas (1).

Esto era secularizar la Iglesia. Empero los reformadores mantuvieron la Iglesia á título de institución divina, y dejaron con esto abierta la puer-

(1) Véase el *Estudio sobre la Reforma* y el *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte primera.

ta á todos los abusos contra los cuales se sublevaron. Si hay una Iglesia fundada por Jesucristo, el Hijo de Dios, esa Iglesia debe tener una existencia exterior, ministros, jerarquía y un poder divino sobre sus miembros para guiarlos por el camino de la salvación eterna. Este poder se ejerce por la Iglesia, sin ninguna intervención del Estado; la Iglesia hace leyes y las aplica, sin que el Estado tenga que mezclarse en ello. Eso es lo que los papas llaman la libertad de la Iglesia, y esta libertad fué también reivindicada por el clero protestante. Los príncipes, decía, tienen obligaciones para con la Iglesia, deben protegerla y defenderla, velar por la ejecución de sus decretos y castigar á los que los violen; pero los príncipes no tienen ningún derecho sobre la Iglesia; antes bien, deben poner sus leyes y su gobierno en armonía con las creencias cristianas, porque la Iglesia es de Dios (1).

Felizmente hay una fuerza irresistible en los principios; á pesar de las flaquezas de los hombres, y á despecho de su estrecha ambición, continuó el protestantismo secularizando la Iglesia, y en un cierto sentido, la religión misma. Nada más legítimo que esta revolución; el fundamento más sólido del poder eclesiástico es la distinción del poder espiritual y del poder temporal, perteneciendo el uno á la Iglesia y el otro al Estado, lo cual supone un orden espiritual diferente del orden temporal y la superioridad del primero sobre el segundo. De aquí el orgullo de los clérigos y la subordinación de los laicos, siendo el clero el órgano del espíritu, mientras el laico representa el cuerpo. Aunque imbuidos del espiritualismo cristiano, eran llevados fatalmente los reformadores á obrar contra ese espiritualismo, porque combatían la Iglesia, que es su expresión viva; veían la mano y la gracia de Dios en las cosas materiales tanto como en las cosas espirituales; rehabilitaron el matrimonio, y era especialmente por el celibato por lo que pretendían los *espirituales* acercarse á la vida de los ángeles. Al casarse, rompió Lutero con el espiritualismo evangélico y destruyó para siempre el poder de la Iglesia. El clérigo no fué ya un sér superior, el elegido de Dios, el ungido del Señor, llamado á guiar á los laicos por el camino de la salvación, y, por consecuencia, á dominarlos: los sacerdotes tavier-

(1) Véanse los testimonios en el *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte primera.

ron que contentarse con ser los predicadores de la palabra divina.

Esta revolución eclesiástica era también una revolución en el orden religioso. La religión católica enseña que el fiel no puede lograr su salvación sino dentro de la Iglesia y por ella; fuera de la Iglesia no hay salvación: tal es el dogma fundamental del catolicismo, y tal es también la base más sólida de la dominación de la Iglesia. Para destruir ese terrible poder, proclamó Lutero que la salvación depende de la fe, y no de ciertas obras que la Iglesia prescribe y que los fieles no pueden cumplir sino con su concurso. Así se inauguraba una nueva era religiosa. La idea de una ley exterior, de una autoridad que la mantiene y que la impone á las conciencias, domina en el catolicismo. De ahí la subordinación del laico al clérigo. En el instante en que nace se le bautiza, y el bautismo es un vínculo que no puede ya romper; si da un paso fuera del camino que la Iglesia le traza, corre el riesgo de perder su alma. Esta concepción pervierte profundamente la religión y la moral: el hombre no tiene más que una religión exterior, obedece á una ley que no comprende, que sufre por el temor de una pena ó á la cual se somete por la esperanza de una recompensa; y su moralidad es igualmente exterior, es una justificación legal; es justo el que cumple con el concurso del sacerdote los actos que la Iglesia le prescribe, actos puramente materiales en cuanto son misterios que la razón no comprende y que la conciencia no dicta. Se puede decir que en el catolicismo tiene la Iglesia una religión, pero no el fiel.

El dogma protestante rompe las cadenas de los fieles, les da la verdadera moral. No es ya en la Iglesia y por ella como el creyente logra su salvación; la fe es quien le justifica. Ahora bien, la fe reside en el alma y en la conciencia; se tiene por la gracia directa de Dios, sin la mediación del clero; y esa fe que tiene su mansión en el fuero interno, en lo que tiene el hombre de más íntimo, inspira todos sus pensamientos, todas sus acciones. En este sentido, la fe le justifica. No es ya el creyente una máquina que hace mover la Iglesia; si recibe de Dios su fe, presta á ella el concurso de su inteligencia y de su voluntad; obedece á Dios, pero como un sér libre. No es ya la Iglesia quien tiene una religión, sino el individuo. Á decir verdad, cada cual se forma su religión bajo la inspi-

ración de Dios, y esta religión es la única que puede ser verdadera, porque es la única que crea un vínculo directo y libre entre el hombre y Dios. Al romper los hierros que encadenan la conciencia de los creyentes, el protestantismo funda también la verdadera moralidad, porque no hay moralidad sin libertad. La emancipación de los laicos es, en suma, el gran beneficio del protestantismo.

II.

La reacción protestante, fiel al espíritu católico que la anima, rechaza la tendencia revolucionaria del siglo XVI; todos sus esfuerzos se encaminan á reconstituir la idea católica de la Iglesia. Lutero trataba al papa de Antecristo y llamaba á Roma Babilonia, y los protestantes ortodoxos hablan del papado con una admiración que raya en la pena de no tenerlo. Gregorio VII, Inocencio III, Pío VII son, dicen, órganos del Cristo, instrumentos que eligió para gobernar la Iglesia. Si es así, ¿no sería una dicha para los protestantes tener á su cabeza uno de esos órganos de Dios? Stahl no los llama todavía vicarios de Jesucristo, pero los defiende contra las acusaciones de los reformadores. Al titularse vicarios de Dios, no han pensado jamás, dice, en despojar al Cristo del honor que le pertenece; y en su entusiasmo por los soberanos pontífices, llega á decir el doctor ortodoxo que jamás han pretendido los papas una dominación arbitraria (1). ¿Por qué, pues, no los habían de reconocer los protestantes como sus guías espirituales?

No se atreven á llegar hasta el fin los reformadores ortodoxos, porque crearían un conflicto con los príncipes protestantes, que no tienen deseo de abdicar su autoridad á los pies del papa. Por el momento concentran todos sus esfuerzos en la idea de la Iglesia, y su ideal es el del catolicismo. Antes afirmaban unánimemente los protestantes que la Iglesia no es una institución exterior, que no forma un poder ni espiritual ni temporal, conviniendo todos sus escritores en enseñar que la Iglesia es invisible, que es el vínculo espiritual que une á los fieles en Jesucristo, y añadiendo que no tenía la Reforma necesidad de una Iglesia exterior, pues que, según su doctrina, sólo el Cristo es mediador entre los fieles y Dios. La verdad es que si el cre-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 254.